BOLETIN ECLESIASTICO

DEL

ARZOBISPADO DE TOLEDO.

NÚM. 63.—SÁBADO 11 DE MARZO.

MADRID, 1854.

IMPRENTA DE H. REINESES.

CARTA PASTORAL

DEL EMMO. SEÑOR

D. JUAN JOSÉ BONEL Y ORBE

PRESBITERO CARDENAL DE LA SANTA ROMANA IGLESIA,

ARZOBISPO DE TOLEDO, PRIMADO DE LAS ESPAÑAS,

EXHORTANDO A SUS DIOCESANOS

para que se abstengan de las diversiones y esperiencias de las mesas llamadas giratorias *y* parlantes.

MADRID.

IMPRENTA DE H. RENESES, CALLE DE VALVERDE, N. 24.

1851.

✠

JUAN JOSE

POR LA MISERICORDIA DIVINA

DE LA SANTA ROMANA IGLESIA PRESBITERO CARDENAL BONEL Y ORBE,

ARZOBISPO DE TOLEDO, PRIMADO DE LAS ESPAÑAS,

Canciller mayor de Castilla, Capellan mayor de la Real Iglesia de San Isidro de Madrid, Pro-Capellan mayor honorario y Confesor de la Reina Nra. Señora, Caballero Gran Cruz de la Real y distinguida Orden Española de Cárlos III y de la Americana de Isabel la Católica, Senador del Reino, Comisario general de Cruzada, Presidente de la Real Cámara eclesiástica, etc., etc.

Al Venerable Dean y Cabildo de nuestra Santa Iglesia Primada; al Presidente y Cabildo de la Iglesia Magistral de Alcalá de Henares; á los Vicarios, Arciprestes, Párrocos, Clero y fieles de nuestra Diócesis,

SALUD, PAZ, GRACIA Y BENDICION EN NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO.

Un asunto de suma gravedad y trascendencia es el motivo de ocupar hoy vuestra atencion, porque se dirije al bien de vuestras almas, evitando peligros que podrian conduciros á consecuencias muy fatales, no solamente en el órden espiritual, sino tambien en el temporal: la Religion, la sociedad, la moral pública tienen grande interés, y estamos en la obligacion estrecha de hablaros con el lenguaje propio de nuestro santo ministerio, en la persuasion íntima de que nos escuchais, y recibís nuestras exhortaciones y advertencias con la docilidad de hijos de Dios, que desean conseguir el fin dichoso de su creacion, la vida eterna.

Y para comenzar nos parecen muy oportunas en el presente caso las palabras del Príncipe de los Apóstoles San Pedro en su primera Epístola, en la cual amonesta á todos á que velen contra el demonio, resistiendo sus asechanzas. *Sed sobrios y velad*, nos dice, *porque el diablo, vues-*

tro adversario, anda como leon rugiendo al rededor de vosotros buscando á quien devorar. Resistidle fuertes en la fé (1). Bien sabeis, hermanos muy amados, que el Señor, por una pura gracia y misericordia propia de su bondad infinita, nos ha sacado del poder de las tinieblas sin mérito alguno nuestro, trasladándonos de la muerte á la vida, dándonos el inestimable don de la fé, y con ella el título de hijos suyos y herederos de la bienaventuranza eterna, constituyéndonos en la dichosa suerte de los Santos. La vida, pues, del cristiano que desea entrar en los designios de Dios y corresponder siempre lleno de gratitud, es toda de vigilancia y precaucion, para impedir que el enemigo perpétuo de su felicidad, por medio de sus astucias y artificios se introduzca en su corazon hallándole descuidado y desprevenido, y arruine el edificio de buenas obras que con el ausilio del mismo Dios debe ir levantando hasta el dia de la eternidad. Nada importa que preste sumision y crea con docilidad cuanto le propone la fé, si esta no es acompañada de buenas obras. Así como sin la fé es imposible agradar á Dios, así tambien la fé sin obras es muerta; y es necesario que las reglas de esta misma fé sean las que nos dirijan en todo el curso de nuestra vida, para no equivocarnos y perdernos miserablemente, como se han perdido y pierden tantos que, sin llevar en sus manos esta divina antorcha, han errado y yerran para hablar falsedades, seducir con ellas á los incautos, y hacerles caer en errores y supersticiones que reprueba y condena la misma Religion Santa que profesan.

Parece imposible que en un siglo llamado *de las luces*, se inventen y practiquen cosas propias únicamente de los tiempos y épocas de tinieblas y de ignorancia; y que salvando la distancia inmensa que existe entre la limitada razon humana y la incomprensible sabiduría de Dios, se

(1) Pet. 1, c. 5, v. 8, 9.

atreva el hombre á entrar en los secretos impenetrables de su omnipotencia, examinar sus arcanos, y por medio de signos y acciones esteriores mas ó menos complicadas y raras, quiera conocer el porvenir que el Señor se ha reservado á sí mismo, y que solo pueden anunciar sin temor de equivocarse y engañar aquellos á quienes se digne revelar sus voluntades y sus juicios, siempre inescrutables; y aun hay mas, queriendo atribuir á la materia inanimada la accion propia del espíritu que anima á la criatura racional, en la cual el Señor se dignó infundirlo. Pues, hermanos, en este caso nos hallamos, y es necesario prevenirnos y precaveros para que brille en vosotros el principio de la fé, y esta sea la regla de vuestra conducta en el grave asunto á que aludimos.

En los Estados-Unidos de América, donde con la libertad de cultos son tantas y tan diversas las sectas que allí se han introducido y se introducen continuamente, muchas de ellas estravagantes, y todas como degeneraciones del protestantismo, el cual desecha el principio de autoridad, y deja á sus secuaces el espíritu privado y el libre exámen, sin mas guia en todo que su razon; allí se ha introducido una secta conocida con el nombre de *Espiritualistas*, que se presentan en sus acciones como frenéticos y energúmenos, con ademanes y posturas ridículas, para manifestarse como inspirados y decir ó ejecutar lo que han concebido en el delirio de su exaltada y estraviada imaginacion. Unos, calculando el dia fijo en que ha de acabarse el mundo, y disponiendo el modo de subir al cielo; otros creyendo que tributan verdadero culto con sus danzas y temblores á semejanza de epilépticos; aquellos figurándose profetas, y levantando habitaciones, para persuadir que cada vez edifican la nueva Jerusalen; y todos manifestando por una contínua y lamentable esperiencia, lo que es el hombre entregado á sí mismo sin la luz de la revelacion: ceguedad en el entendimiento, desórden en la voluntad,

tropiezos, caidas, errores, ilusiones, fantasías, aberraciones de toda especie, aun de aquellas que parecen incompatibles con la racionalidad, y que muchas veces vienen á concluir con la locura, el suicidio y otros crímenes escandalosos.

Pero no es esto solo: la preocupacion ha llegado al estremo de querer persuadir que poniendo las manos de ciertas formas y maneras sobre una mesa, esta se mueve sin otro agente esterior que la impela, y que responde á las preguntas que se le hacen; siendo esta especie de ocupacion ó pasatiempo el recreo de muchas personas y familias que se reunen con este objeto. Esta diversion de *las mesas llamadas giratorias y parlantes*, propagada en América, en Inglaterra, en Francia y en otras partes, se ha introducido tambien entre nosotros, especialmente en las grandes poblaciones; y muchos Prelados de aquellos paises, celosos por el bien espiritual de los fieles encomendados á su solicitud pastoral, observando que un objeto de entretenimiento en su principio, es ya para muchos motivo de investigaciones sérias para conseguir de los espíritus el conocimiento de los sucesos futuros y de las cosas de la otra vida; estos Prelados, decimos, no han podido menos de levantar su voz para advertirles el peligro inminente en que constituyen su fé, entregándose á la creencia de operaciones y prácticas absurdas de toda especie, con las cuales parece se quieren reproducir los errores y supersticiones del paganismo, en que no solamente incurrieron los ignorantes, el pueblo sin instruccion alguna, sino los sábios, los filósofos, las gentes de mayor cultura.

Sin desconocer el cristiano, humilde hijo de la fé, los adelantos de la física para descubrir y hacer patentes los secretos de la naturaleza, y admirar en ellos la riqueza y sabiduría de Dios en la creacion de tantos séres, y alabarle y bendecirle, necesario es que no traspase la menor línea en lo que le dice la fé acerca de las cosas futuras.

Iluminado por ésta podemos conocer los misterios que nos propone, y que esceden á nuestra humana inteligencia; y con la fuerza de nuestra naturaleza, y despues de investigaciones, esperiencias y trabajos, podemos tambien conocer y entender sobre muchas cosas especiales, sublimes, maravillosas, que están dentro de la esfera de la comprension del hombre. Pero el mismo Autor de su sér, que lo crió á imágen y semejanza suya, y le enriqueció con tantos dones, para sujetarlo á su obediencia y á su imperio, y que siempre le venerase y le temiese, quiso reservarse á sí solo la ciencia y el conocimiento de lo futuro. Solo el Señor tiene presentes todas las cosas, penetra los pensamientos mas ocultos de los hombres; solo el Señor conoce desde toda la eternidad cuanto ha de ocurrir en la sucesion de los tiempos, disponiéndolo todo con su admirable providencia, sin que nadie pueda invertir ni trastornar su plan inescrutable. Por eso el Espíritu Santo, hablando por boca de Isaías, se burla de los ídolos y de los que les prestaban culto; y para argüirles de su falsedad é imbecilidad, decia á sus adoradores y á los que confiaban en ellos: *Anunciad las cosas que han de suceder en los tiempos futuros, y entonces sabremos que sois dioses* (1). Y bien conocida es la grave respuesta del Señor á sus discípulos, cuando le preguntaron con demasiado deseo acerca de los acontecimientos futuros; respuesta con la cual reprimió su curiosidad y la de todos los fieles que quieren introducirse en los arcanos impenetrables de su sabiduría. *No toca á vosotros saber los tiempos ó los momentos que puso el Padre en su propio poder* (2). Como si les dijera: jamás debeis vosotros pretender entrar en los consejos y secretos de Dios, vuestro Padre, queriendo conocer los momentos que tiene señalados para ejecutar sus

(1) Isai. c. 41, v. 23.
(2) Act. c. 1, v. 7.

eternos designios, que dependen de su voluntad y poder absolutamente.

Los que pretenden, pues, saber las cosas futuras por otros caminos y sendas diferentes de las señaladas por la fé, se confunden, se estravían y se pierden, arrastrando en pos de sí, como ciegos y guias de otros ciegos, á los ignorantes é incautos, con los cuales ejercen miserablemente y para su comun desgracia el oficio del diablo, que se ha introducido en su corazon para causar los mayores estragos por medio de toda clase de estravagancias y supersticiones. ¿Quereis tener conocimiento de las cosas futuras? El Señor, cuando le place, levanta el velo que las oculta, y las revela, no á los sábios y prudentes segun la carne, sino á los humildes de corazon; no para satisfacer vanas curiosidades, sino para manifestar su voluntad si lo exigiere así el órden de su providencia; no en el tumulto de las pasiones y entretenimientos mundanos, sino en el retiro, en la oracion, en la práctica de buenas obras, en los ejercicios de piedad cristiana, en la frecuencia de Sacramentos, en todo lo que corresponde á una vida conforme al Evangelio; no, en fin, á todas horas ni en todos tiempos y ocasiones, sino en casos raros, que son como la escepcion de la regla establecida por él mismo, para manifestar entonces su omnipotencia, su justicia ó su misericordia. Estos, y no otros, son los medios de poder llegar á conocer las cosas futuras si el Señor se digna revelarlas. Los medios y esperiencias puramente humanas, la invocacion y comercio con los espíritus malignos, no pueden conseguir se traspase en este punto el límite que el Criador ha puesto al hombre: se esforzará este, se fatigará, agotará todos los recursos de su imaginacion y fantasía, pero todo en vano; el mismo que puso términos al mar para que, sin embargo de la hinchazon é impetuosidad de las olas embravecidas, no pasára los límites que le ha trazado, el mismo ha puesto al hombre una barrera impenetrable, donde

se estrellan todos sus esfuerzos; y no puede adelantar la más pequeña línea en el conocimiento del porvenir. *Hasta aquí llegarás, y no pasarás mas allá, y aquí quebrarás tus ondas hinchadas* (1).

Por otra parte, si por medios puramente humanos pudiésemos conocer las cosas futuras, ¿qué seria del órden social, de la paz interior de las familias? Confusion, temores, sospechas, escándalo, ruina. Todos los vínculos se relajarian, y la sociedad se volveria un caos. No permita Dios que ninguno de vosotros se deje llevar de tales preocupaciones, ni menos caer en el error de creer que preguntando á las mesas *giratorias* bajo ciertos signos esteriores, estas os darán respuestas sobre lo que deseais saber. Por ventura, ¿pueden hablar las mesas siendo pura materia? ¡Qué ignorancia! Esas mesas son en el presente caso como los dioses de la gentilidad, que tenian boca y no hablaban, oidos y no escuchaban. ¿Hablará el Señor por ellas? ¡Qué pensamiento! ¡Qué desacato! ¿Hablará para divertir á sus criaturas? El Dios de la magestad, ante quien se postra todo cuanto hay en el cielo, en la tierra y en el abismo, no es objeto de recreaciones profanas, sino de temor, de veneracion, y de respeto el mas profundo. ¿Hablará para turbar la paz doméstica, disolver los lazos mas sagrados, introducir la division en todas las clases, escitar al crímen, á la venganza y al desenfreno total de las pasiones? ¡Qué juicio tan horrible, tan absurdo y tan depresivo de la idea de Dios, de sus atributos, de sus perfecciones, de sus relaciones con el hombre, á quien en su creacion coronó de gloria y de honor, y sobre el cual en su redencion derramó tantas gracias y misericordias! ¡Cuántas reflexiones podríamos añadir á las que acabamos de indicar, para persuadiros de las consecuencias funestas que necesariamente habria de producir esta errada creen-

(1) Job. c. 38, v. 11.

cia y esta especie de supersticion, sujerida por el comun enemigo de vuestro bien temporal y eterno! El Señor ha hecho todas las cosas con sabiduría inefable, y resplandece esta sobremanera en no haber querido conceder al hombre el conocimiento de lo que haya de acontecer en la sucesion de los tiempos.

Fácil nos seria ocupar vuestra atencion, formando un resúmen de todos los errores y supersticiones que el paganismo, envuelto en las tinieblas y sombras de la muerte, inventó por todas partes para lograr su objeto en este punto: observaríais la historia de los estravíos de la razon humana, lamentaríais la situacion tristísima á que el hombre fué reducido por el pecado, conoceríais los beneficios del cristianismo y su constante esfuerzo en combatir tantas falsas creencias, destruir tantos errores, disipar tanta oscuridad, é iluminar el mundo con la divina luz del Evangelio. ¡Cuántas imposturas! ¡Cuántas estravagancias! ¡Cuántas prácticas abominables y vergonzosas! Y entregándose á ellas los hombres de todas clases y condiciones, desde los mas ignorantes hasta los mas sábios, y todos víctimas de las sugestiones y artificios del demonio para conducirlos al precipicio; porque preciso es no olvidar que el deseo de conocer las cosas futuras, y la confianza en la adivinacion, son una enfermedad del espíritu humano casi incurable, y el orígen de la mayor parte de las supersticiones de los paganos; y aunque la creencia de los prodigios de toda especie haya sido muy debilitada con el establecimiento del cristianismo, todavía no se ha podido estirpar del todo. Tanta es la propension del espíritu humano, y tanta la sutileza y astucia del enemigo para estraviarlo y pervertirlo; y de aquí proviene la vigilancia que siempre ha tenido la Iglesia en reprobar y condenar toda clase de adivinaciones sugeridas por el diablo para engañar á los hombres, y el sumo cuidado en conservar íntegra y sin corrupcion alguna la santa sencillez de la fé, cuando se trata del po-

der supremo de Dios, de su sabiduría y de su providencia.

Pero, hermanos, creemos suficientes estas indicaciones para el objeto que nos hemos propuesto; hemos meditado sobre él; lo hemos consultado con personas muy enteradas en lo que sucede, y es nuestro deber advertiros que pueden mezclarse abusos en esta recreacion; que algunos los cometen; que otros titubean; y que muchos se esponen al peligro de caer en errores de supersticion ó de impiedad, porque el que ama el peligro confiando en sus propias fuerzas y ostentando seguridad, perecerá en él, y mas pronto de lo que piense, en castigo de su osadía. Si estimais, pues, vuestro bien espiritual y temporal, debeis absteneros de semejantes diversiones y esperiencias, que no podemos menos de reprobar en cuanto sea necesario y esté de nuestra parte. A esto os exhortamos por las entrañas de nuestro Señor Jesucristo; esto os rogamos cuan encarecidamente nos es posible, y con todo el interés que nos inspira el deseo eficaz de vuestra salvacion; y esto esperamos de vuestra fé, de vuestros sentimientos religiosos, y de la piedad que tan radicada está en vuestros corazones. Tened presente que si de cualquiera palabra ociosa hemos de dar al Señor estrecha cuenta, mayor será la que se nos exija de aquellas diversiones en que puede peligrar la verdadera creencia. Acordaos que al profesar la fé en el santo Bautismo, delante de Dios y de los hombres hicísteis renuncia solemne de Satanás y de todas sus obras, para emprender una vida cristiana. Los que deseais practicarla con sinceridad preguntad á vuestros Párrocos y Directores espirituales, y ellos os dirán lo que convenga, para que aprovecheis el tiempo que el Señor os concede, y camineis en la observancia de sus mandatos, sin declinar ni á la diestra ni á la siniestra, desechando todo cuanto se oponga bajo cualquiera forma á la consecucion de lo que os interesa sobre todas las cosas. A este fin deben dirigirse vuestros pensamientos, vuestras palabras y vuestras obras: resplandezca

en vosotros la docilidad á las verdades de la fé, y serán copiosos los frutos que la misma produzca en vuestros corazones. Y para concluir, os diremos aquellas palabras del Apóstol San Pablo en su Epístola á los Filipenses, que comprenden todos los oficios de la vida cristiana: *Pensad todo lo que es verdadero, todo lo honesto, todo lo justo, todo lo santo, todo lo que es de buena fama, si hay alguna virtud, si hay alguna alabanza de costumbre, haced todo esto, y el Dios de la paz será con vosotros* (1).

Esta os deseamos durante los dias de vuestra existencia en la tierra, y para siempre en el cielo, dándoos con el afecto mas cordial nuestra pastoral bendicion en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo. Amen.

Dada en nuestro Palacio Arzobispal de Madrid á 19 de febrero de 1854.

(1) Ad Philip., c. 4, v. 8.

Juan José, Cardenal Bonel y Orbe,
Arzobispo de Toledo.

Por mandado de S. Emma. el Cardenal Arzobispo, mi Señor,
D. Antonio Aguado,
Secretario.